

## ***Kikenshiso. Apuntes para circunscribir al intelectual de izquierda***

*Kikenshiso. Notes to circumscribe  
a left intellectual*

**Lorena Schefer**

(UBA)- loreschefer@yahoo.com.ar

**Ignacio Moretti**

(UBA)- lic\_moretti@yahoo.com.ar

### **Resumen:**

El presente artículo se piensa como un recorrido –por seguro incompleto, imperfecto y precario- de algunos abordajes de índole teórico-conceptual de raigambre marxista respecto de la figura, rol y tipo de intervención del intelectual. Desarrollo que pretenderá contribuir a la problematización sistemática y sostenida sobre este concepto polisémico y multidimensional por definición, en especial sopesado mediante el prisma o marco interpretativo elegido. Los interrogantes que surcarán el artículo y servirán como hilo conductor se refieren a *¿Puede pensarse un intelectual de izquierda?, ¿Bajo qué categorías? ¿Qué modalidades de intervención pública lo caracterizan? ¿Cómo abordar el pensamiento y la praxis desde el mapa categorial de la izquierda?* Interrogaciones no menores para pensar el discurrir de la figura del intelectual en nuestro firmamento nacional y latinoamericano. Pistas, argumentos y respuestas siempre tentativas, provisorias y sujetas a necesarias y constantes reelaboraciones que este artículo procurará esbozar a través del abordaje de autores como *Karl Marx, F. Engels, K. Kautsky, E. Bernstein, V. Lenin, A. Gramsci, J. P. Sartre y P. Bourdieu.*

### **Palabras Clave:**

Intelectuales, Izquierda, Política, Marxismo, Campo Intelectual.

### **Abstract:**

The present article is considered as a journey - by incomplete, imperfect and precarious insurance - of some theoretical-conceptual approaches of Marxist roots with respect to the figure, role and type of intervention of the intellectual. Development that intends to contribute to the systematic and sustained problematization of this polysemic and multidimensional concept by definition, especially weighed by the prism or chosen interpretive framework. The questions that will cross the article and will serve as a guiding thread refer to *Can a leftist intellectual be thought? Under what categories? What modalities of public intervention characterize it? How to approach the thought and the praxis from the categorial map of the left?* Interrogations not minor to

think the development of the figure of the intellectual in our national and Latin American firmament. Proceedings, tentative, and subject to constant and necessary re-elaborations, this article will seek to outline through the approach of authors such as *Karl Marx, F. Engels, K. Kautsky, E. Bernstein, V. Lenin, A. Gramsci, JP Sartre and P. Bourdieu.*

**Keywords:**

Intellectuals; Left, Politics, Marxism, Intellectual Field.

Fecha de recepción: 26 de febrero de 2018

Fecha de aprobación: 02 de julio de 2018

## ***Kikenshiso*<sup>122</sup> Apuntes para circunscribir al intelectual de izquierda**

*El pensamiento tiene inevitablemente un efecto destructivo: socava todos los criterios establecidos, todos los valores y pautas del bien y del mal, en suma, todos los hábitos y reglas de conducta que son objeto de la moral y de la ética (Arendt, 1995, p. 125).*

### **1. Consideraciones Preliminares**

#### ***El camino sinuoso y siempre precario de un concepto polisémico y multidimensional***

En tren de hacernos de un bagaje conceptual que nos señale el camino de abordaje de un objeto tan multívoco, difuso e inasible como lo es la figura del intelectual, más aun pretendiendo circunscribir una fracción -de izquierda- de los mismos; es preciso recorrer –aunque más no sea a vuelo de pájaro y con la seguridad de no hacerle justicia a la profundidad conceptual de los abordajes aquí seleccionados- algunos de los autores y enfoques teóricos de mayor relevancia para brindarnos pistas y argumentos -por definición tentativos y provisorios- sobre las interrogaciones sustantivas que nos guían en este devenir: *¿Puede pensarse un intelectual de izquierda?, ¿Bajo qué categorías? ¿Qué modalidades de intervención pública lo caracterizan? ¿Cómo abordar el pensamiento y la praxis desde el mapa categorial de la izquierda?* Trayecto caracterizado por una ardua disputa en torno a los límites de esta conceptualización, que involucra, no sólo polémicas relativas a su posición en la estructura social, sino a su relación con la esfera del poder político y a la determinación de un hacer particular.

Discusiones, debates y vaivenes que forman parte constitutiva no sólo de las estrategias de posicionamiento al interior del propio

---

<sup>122</sup> “*Kikenshiso*” es una denominación japonesa que se utiliza para circunscribir a aquellos temas que las autoridades juzgan peligrosa su discusión: “Pensamientos peligrosos”. Referencia extraída de Mannheim, Karl (2004). *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

campo intelectual, sino de las propias dificultades epistemológicas intrínsecas al objeto. Principalmente se debe hacer referencia a la complejidad accesorio que se presenta en la conceptualización del intelectual, dado que se desarrolla desde la propia autorreferencialidad: son los mismos intelectuales los que se conciben y discuten en torno a su propia definición, en el despliegue de una labor auto-identitaria. Razón por la cual, como lo expresa Carlos Altamirano (2006), los propios intelectuales poseen una propensión a concebirse a sí mismos en términos de una misión, un papel, un cometido; en un sentido claramente normativo y ético. Es así que a la pregunta respecto a qué es un intelectual, la respuesta invariablemente se traslada a que deber hacer un intelectual.

De allí, que este artículo suscriba el fin de abordar este concepto pluridimensional, en pos de dotarnos de herramientas heurísticas, que permitan el análisis ambicionado. Para tal fin, se procurará el abordaje de autores como Karl Marx, F. Engels, K. Kautsky, E. Bernstein, V. Lenin, A. Gramsci, J. P. Sartre y P. Bourdieu<sup>123</sup>. Al respecto, un resguardo conceptual y metodológico obligado. La profundización de las referencias del Marxismo respecto al término intelectual en esta investigación, no intenta realizar una falsa equivalencia entre Marxismo e Izquierda, u entre intelectuales marxistas e intelectuales de Izquierda, aseveración que sería tan riesgosa como falsa. Sino que, la relevancia de realizar este recorrido responde a lo que creemos la funcionalidad de la interrogación que nos acoge para pensar la configuración histórica propia del intelectual de izquierda en la Argentina y en América Latina. Funcionalidad que implica a la vez su potencia para pensar la contemporaneidad de los intelectuales de izquierda frente a un panorama de retraimiento de experiencias populares y nuevos embates de un neoliberalismo de renovado cuño. Objetivo final del recorrido investigativo, al cual estas páginas contribuyen proveyendo categorías fundamentales para su abordaje posterior.

## **2. El inhóspito itinerario de una Herencia problemática**

### *La figura del intelectual al interior del Marxismo como filosofía de la Praxis*

---

<sup>123</sup> Este recorrido por estos autores no implica, de ninguna manera, intentar agotar las referencias o abordajes de raigambre marxista sobre la cuestión de los intelectuales. Se trata simplemente de una selección del autor sobre lo que él identifica como los desarrollos más prominentes y dignos de repaso en estas páginas en virtud del objetivo explicitado.

Pensar a los intelectuales desde el amplio abanico de autores enrolados dentro de los que podemos denominar –con un criterio amplio- marxismo, constituye de por sí una tarea titánica e incierta, dado no sólo el perfil disímil de los autores que aquí se describirán, sino –y principalmente- por el carácter disperso y fragmentario de las alusiones al respecto. Es, en este sentido, que no constituye ninguna sorpresa que la cuestión de los intelectuales pueda ser calificada como un punto ciego al interior del marxismo por lo menos hasta los análisis de Vladimir Lenin y Antonio Gramsci, donde el problema del rol y definición de los intelectuales cobra cierta relevancia y centralidad.

*¿Cuál es el papel de los intelectuales en lucha de clases? ¿Este grupo se constituye como una clase en sí misma o como un apéndice de la Burguesía? ¿Cómo pensar a los intelectuales desde una filosofía de la praxis? ¿Qué rol juega la elaboración teórica al interior de un enfoque monista, donde se certifica el fin de la dualidad teoría-práctica, para dar cabida a una nueva unión dialéctica? ¿Es plausible la “autoconcientización” y “autoeducación” del proletariado? ¿Cómo enhebrar un análisis del macrocosmos de la Intelectualidad al interior del “binomio” estructura-superestructura?* Estos son sólo algunos de los interrogantes que podemos señalar o postular como direccionalidades posibles en tren de organizar un corpus heterogéneo y de por sí inconexo del examen de los Intelectuales al interior del Marxismo y que exceden ampliamente los objetivos de estas páginas.

El primer eslabón que estamos en condiciones de surcar y que da cuenta de esta problemática y secundarización del tratamiento teórico de los intelectuales es la llamativa efímera, y a la vez multívoca, alusión al respecto en los trabajos de Karl Marx y Frederick Engels.

Al interior de esta mirada poco unitaria, mientras que los primeros desarrollos de Marx, puntualmente en La Crítica a la filosofía del Derecho de Hegel con un dejo palpable de hegelianismo<sup>124</sup>, dejaban entrever la función crítica del pensamiento al servicio del movimiento obrero, enunciando cierto dualismo, poniendo de manifiesto cierta direccionalidad, donde el pensamiento ejerce el rol activo frente al elemento “pasivo” del proletariado. Sus posteriores análisis –en

---

<sup>124</sup> Cabe puntualizar que en Hegel sí se encuentra una reflexión en torno al papel de los Intelectuales, identificados como clase general que tenía como fin de su accionar lo universal, lo verdadero, lo objetivo. Antonio Gramsci realiza una lectura de esta reflexión, y señala justamente a Hegel como aquel autor que sella la definición de los intelectuales como la “*Aristocracia del Estado*”. Véase Gramsci, Antonio (2006, p. 16). Por otro lado, este dualismo inicial del “Joven” Marx, también se advierte en el pensamiento de Ferdinand Lasalle (La ciencia y los Obreros, 1863), donde realiza un llamado a la alianza-fusión de los intelectuales con la clase trabajadora, como germen del socialismo.

especial, La Ideología Alemana, Las Tesis sobre Feuerbach y el 18 Brumario de Luis Bonaparte- presentan el fin de dicha dualidad y una profunda crítica al idealismo de raigambre hegeliano.

Quizás se trate en estos trabajos –fundamentalmente en La Ideología Alemana- donde se halle el análisis de Marx más profuso sobre el macrocosmos de la intelectualidad. El marxismo, en tanto plena filosofía de la praxis, postula el fin de la dualidad teoría/práctica y sujeto/objeto, para dar paso a una totalidad dialéctica. Un sistema monista que arguye que no hay ideas previas a la praxis, o en otros términos, que no hay primacía de las ideas sobre las relaciones sociales. De aquí el origen de la nomenclatura peyorativa de “ideólogos”, como aquellos que instan a la creencia en el poder propio de las ideas, en tanto agentes de la ilusión del idealismo, de la filosofía especulativa<sup>125</sup>.

Como consecuencia de esta pretendida auto-concientización, auto-educación y la amalgama final de ciencia con proletariado, la categoría y función misma del intelectual es calificada como “fracción de la clase dominante” –18 Brumario de Luis Bonaparte y algunas alusiones en las Tesis sobre Feuerbach-; caracterización que será una constante en varios enfoques sobre el quehacer intelectual.

De esta forma, desde sus mismas raíces se hace palpable el carácter de “herencia problemática” para pensar la categoría de Intelectuales desde el marxismo, no sólo por las incumbencias teóricas que su misma función conlleva al interior del entramado de esta filosofía de la Praxis, sino por la misma operación tendiente a situar la función y categoría del intelectual como exterior a la propia práctica. Así, en los casos de Marx y Engels, se produce un descentramiento de su mismo lugar de enunciación, que se plasma en la “ajenidad” y borramiento de su autorreferencialidad como intelectuales. Ahora bien, estas operaciones de extrañamiento, dificultades epistemológicas y silencios sintomáticos, dan cuenta, en toda su expresión, de lo espinoso y múltiple que resulta la indagación del tema de los intelectuales para el Marxismo.

Desde un punto de vista cronológico, tal cual lo desarrolla el completo trabajo de Leonardo Paggi (1974), el tema de los intelectuales emerge a la superficie y pierde su status secundario hacia finales de la década de 1880 y la primera mitad de la década siguiente, en el escenario de la Segunda Internacional<sup>126</sup>. En este contexto, confluyen,

---

<sup>125</sup> Esta visión claramente “crítico-negativa” también se observa en las palabras de Engels en el Anti-Dühring, en las cuales se presenta como detractor de las tesis provenientes de “los intelectuales-profesores”.

<sup>126</sup> Para mayor profundidad de los debates acaecidos, Véase Cole, G.D.H. (1959). *Historia del pensamiento socialista III: La Segunda Internacional 1889-1914*, México. Fondo de Cultura Económica.

por un lado, el doble fenómeno de la expansión cuantitativa de los sectores con acceso a la cultura y su adhesión o simpatía respecto al marxismo; y, por otro lado, la fortaleza que adquiere al interior del partido la discusión sobre la necesidad o no de establecer nuevas estrategias o tácticas de alianza con los sectores no proletarizados.

En esta atmósfera, transcurre el denominado *Bernstein Debatte*<sup>127</sup>, hito de la crítica a la mirada canónica corporizada en las figuras de Kautsky y Pléjanov, en tanto presunto corporativismo o sectarización del movimiento obrero, y la consecuente cerrazón frente a la figura de los intelectuales en particular, y a la relevancia del momento político al interior del proceso revolucionario<sup>128</sup>.

A grandes rasgos, la interpretación kautskiana primaria de canon de la ortodoxia marxista, desde el órgano de difusión de la Revista *Die Neue Zeit*, establecía una contraposición tajante entre el partido de la clase obrera y los intelectuales, cuyo afincamiento resulta del bloque indisoluble de teoría y práctica, al interior de cuya unión dialéctica, sendos términos pierden sus propios circuitos de accionar y autonomía. Subsidiariamente, se plantea la idea del espontaneísmo teórico o auto-producción intelectual de la clase obrera: “*Una ciencia que pretenda contribuir a la emancipación del proletariado no podrá ser desarrollado más que por el proletariado mismo*” (Kautsky, 1903, p. 104 citado en Paggi, 1974, p.11).

De forma anexa, como antes se mencionaba, el tema de los intelectuales no sólo implica hacia el interior del partido la discusión sobre la relación entre teoría y práctica, o en otro sentido, el lugar de la elaboración teórica al interior del movimiento revolucionario; sino también lo relativo al análisis de la estratificación social y al futuro del partido en términos de ingeniería de alianzas. Así, Kautsky interpreta a esta “intelligentsia” como una nueva clase media, que basa su identidad y sustento material en la valorización de sus conocimientos específicos,

---

<sup>127</sup> El debate –a grandes rasgos- se desplegó en torno a un conjunto de artículos publicados por Eduard Bernstein en la revista *Die Neue Zeit* entre 1896 y 1898; luego recopilados hacia finales del siglo en el libro *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* (Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia). Cabe recordar que Bernstein gozaba de un prestigio considerable dentro de la socialdemocracia alemana al iniciarse este debate, por su calidad de discípulo – junto con Kautsky- de Engels. Del debate participaron los más encumbrados teóricos marxistas: entre ellos Pléjanov, Parvus y Rosa Luxemburgo.

<sup>128</sup> El debate desborda estos simples temas, tocando una variedad de temáticas, entre ellas la discusión el torno al carácter de teleologismo o entidad “catastrófica” del Marxismo, inabordables para los fines y extensión de este trabajo.

cuya condición de posibilidad reside en la separación histórica entre el trabajo manual y el trabajo intelectual.

Frente a esta interpretación primigenia -que no será unívoca<sup>129</sup>- de Kautsky, representante de la ortodoxia del marxismo, Eduard Bernstein se establece como el autor visible del denominado ímpetu revisionista que, como bien lo expresa Paggi (1974), se puede interpretar sumariamente como la introducción del momento ético-político que contiene implícitamente la ruptura de la identidad entre teoría y práctica que servía de fundamento a la mirada kautskiana. Este espíritu crítico bernsteiniano establece no sólo la revalorización del tema de los intelectuales al interior del Marxismo, sino la necesidad de su función en relación al proletariado, en tanto poseedores del conocimiento.

Ahora bien, este postulado implica por un lado la detracción de la separación de una “ciencia obrera” versus una “ciencia burguesa”, y, por el otro, una impugnación al espontaneísmo teórico del movimiento obrero, que trae a colación la cuestión de los intelectuales como portavoces de la conciencia desde el exterior. Exterioridad que se refrendaría en la misma constitución histórica del corpus marxista, dado que, con las salvedades de Proudhon y Weitling, los grandes teóricos provenían del estrato de la pequeño-burguesía, y no del mismo proletariado.

Esta revalorización del momento de elaboración teórica, y consecuentemente del rol del intelectual al interior del movimiento obrero, ocurre en el contexto más abarcativo de re-apreciación de la necesidad de dotar al “momento político-ideológico” de una especificidad propia. Esta elevación del análisis político al interior del desarrollo de la lucha de clases implica la demostración de su irreductibilidad a una mera apariencia o reflejo natural de lo que acaece en el campo de la estructura.

---

<sup>129</sup> Las diversas críticas respecto al espontaneísmo teórico de la clase obrera obligaba a Kautsky a realizar ciertas aclaraciones o dar mayores precisiones sobre el rol de los intelectuales, reformando ciertas premisas, pero manteniendo intacto el edificio de la ortodoxia: “Si el socialismo no quiere seguir siendo algo primitivo y, por consiguiente, no utilizable políticamente, es preciso que cuente con el conocimiento de los grandes nexos sociales y su investigación sistemática. Pero la ciencia es todavía en la actualidad un privilegio de las clases poseedoras. El proletariado no puede, pues, crear por sí solo un socialismo vigoroso. Éste debe aportárselo los pensadores que, armados con todos los instrumentos de la ciencia burguesa, se colocan en un punto de vista proletario y desarrollan, a partir de él, una nueva concepción proletaria de la historia”, Véase (Kautsky, 1900/1901, p. 89 citado en Paggi, 1974, p.11).

De aquí que, como lo desliza Paggi (1974), la crítica bernsteiniana se inspira en una doble exigencia: En primer lugar, impedir que el seguidismo a la precaria teoría de determinación de la superestructura por la estructura implicase la secundarización o eliminación del análisis teórico y político;

El materialismo histórico no nos ayuda a superar el hecho de que la historia está hecha por los hombres, que los hombres tienen cabeza y que la disposición de las cabezas no es cosa tan mecánica que pueda gobernarse únicamente por medio de la situación económica (Bernstein, 1897, p. 744, citado en Paggi, 1974, p. 24).

Y, por otro lado, la convicción que se debía proceder a una revisión y validación no sólo de la teoría marxista con respecto a los desarrollos reales del capitalismo y del movimiento obrero; sino también del perfil, tipo de iniciativa política, y las tácticas de alianzas y compromisos que debía encarar el partido en vistas a extender sus influjos. De más está decir que, para Bernstein, este mayor desarrollo cualitativo y cuantitativo del partido no podía ni medirse ni sustentarse con el ritmo de crecimiento de la proletarización, y, por ende, el partido debía perfeccionar su habilidad para tejer alianzas y compromisos con otros estratos sociales, entre ellos el de los intelectuales.

Esta centralidad que adquiere la consideración de la especificidad del “tiempo teórico-político”, servirá de prelude, sin duda, a los aportes que realizará el joven Lenin sobre el tema de los intelectuales. Si bien, Lenin realizará una impugnación profunda tanto de los desarrollos teóricos de Kautsky como de Bernstein, al tildarlos de “oportunistas” e “introdutores de premisas burguesas”<sup>130</sup>, podemos compartir la puntualización que nos acerca nuevamente Paggi:

La reevaluación del papel de los intelectuales en cuanto portavoces de la ciencia del socialismo, propuesta en primera instancia por Bernstein se encuentra reabsorbida después en los escritos de Kautsky y para llegar de ahí hasta Lenin (...) La parte más vital de la crítica bernsteiniana, o sea, la exigencia de una consideración específica del momento ético-político, encuentra su

---

<sup>130</sup> Véase para mayor profundidad de estas críticas: Lenin, V.I. (2000). *El Estado y la Revolución. La doctrina marxista del estado y las tareas del proletariado en la revolución*; Buenos Aires. Siglo Veintiés Editor.

satisfacción precisamente en la teoría política del joven Lenin (Paggi, 1974, p. 83).

En este sentido, Vladimir Lenin, en consonancia con su rechazo a vislumbrar al marxismo como una filosofía finalista o fatalista, vale decir de una concepción simplista y lineal acerca del desarrollo capitalista que funda la inevitabilidad de la victoria del proletariado, resalta que el campo de validación científica del marxismo reside en su capacidad para explicar los hechos, no sólo de la vida económica, sino de todos los aspectos de la vida social.

De esta forma, en vistas a combatir estas visiones precarias, Lenin establece, por un lado, la imposibilidad de toda forma de espontaneísmo teórico<sup>131</sup> y auto-concientización por parte del proletariado y, por el otro lado, funda la necesidad de una práctica intelectual, que será vital en términos de la construcción de un partido unificado y homogéneo. Esta centralidad del intelectual se deriva de la propia concepción leninista del rol que debía jugar el partido en la lucha revolucionaria<sup>132</sup>. El partido, como una organización disciplinada, cohesionada y orgánica, emerge como el gran instrumento para la lucha revolucionaria. Lucha que, puesto que espontáneamente las masas no pueden llevarla a cabo por sí mismas, debe ser dirigida por revolucionarios organizados. Por lo tanto, dicha disposición y alineación de los revolucionarios precede a la acción revolucionaria del proletariado. En fin, el partido se estructura como mediador y garante de la unidad entre los intelectuales y la vanguardia de la clase obrera.

En este escenario, los intelectuales cumplen el rol del desarrollo de la doctrina teórica del socialismo, y de identificación y captación de los momentos específicos para el accionar revolucionario, dada su superior formación dialéctica. En síntesis, la intelectualidad actúa el papel de provisión o dotación “externa” de conciencia a la clase obrera; reafirmando la imposibilidad a auto-concientización y auto-producción teórica.

La conciencia política de la clase no se le puede aportar al obrero, más que desde el exterior, esto es, desde el exterior de las relaciones entre obreros y patrones. La esfera, de la

---

<sup>131</sup> Cabe indicar, la fidelidad de Louis Althusser a la crítica leninista a toda concepción espontaneísta, apuntalando la noción según la cual no es en la ciega confianza en una conciencia de clase concebida como preexistente de donde se debe aprehender la ciencia revolucionaria, sino de un análisis teórico estricto.

<sup>132</sup> Véase para mayor desarrollo de la tesis acerca del papel de los intelectuales revolucionarios y la externalidad de la conciencia a Lenin, V.I. (2015). *Qué Hacer?* Buenos Aires. AKAL.

que sólo es posible esperar este conocimiento, es la esfera de las relaciones entre todas las clases y capas en el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí (Paggi, 1974, p. 83).

Pero, sin lugar a dudas, el teórico marxista que dotó de mayor espesor, especificidad y relevancia al rol de los intelectuales es Antonio Gramsci; el cual –sin temor a equivocarnos- constituye un punto de inflexión en el entendimiento de las particularidades de este colectivo. Didácticamente se puede argüir que Gramsci plantea su indagación en torno a la figura del intelectual a partir de 2 ejes primarios o puntos de partida primigenios. Por un lado, observamos en este autor un tratamiento más libre del esquema convencional (y excesivamente simplificado en numerosas ocasiones) de los elementos de la estructura y de la superestructura, al interior del cual realza una centralidad quizás desacostumbrada a los elementos ideológicos y políticos. Las ideas ya no implican el reino de la ilusión, la falsa conciencia o el mero reflejo de las relaciones sociales sin más; sino que se las concibe como elementos centrales en la conformación del terreno al interior del cual los hombres se mueven, piensan, luchan y toman posicionamientos (Altamirano, 2006).

En esta mayor corpulencia de los componentes tan frecuentemente secundarizados por pertenecer al ámbito de la superestructura, radica la singularidad de Gramsci al interior de la tradición marxista;

La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatida en la teoría como un infantilismo primitivo, y en la práctica hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas (Gramsci, 2004, p. 276).

Es, en relación con este primer punto de inflexión, que resulta clave la adopción del concepto de Bloque histórico, como articulación de la estructura y la superestructura, y como intento de superación de las antítesis, antinomias y dicotomías omnipresentes en ciertas lecturas del marxismo.

En plena conjunción con este primer eslabón, Antonio Gramsci desarrolla un segundo elemento de profunda importancia para comprender la centralidad asignada a la función de los intelectuales:

una noción más compleja respecto a la Dominación Capitalista y a su fundamento (y, por ende, un llamado a un distinto accionar y estrategia para la lucha revolucionaria).

El Estado ya no sostiene su poder en la mera coerción, sino, por el contrario, fundamenta su accionar más allá del ejercicio de la coacción; se trata de un Estado que regula, coordina, construye, organiza, normaliza y produce sentido. De esta manera, Gramsci nos acerca a una visión del Estado como el equilibrio cambiante entre dos “momentos” distinguibles entre sí pero interconectados de forma constante: Dominio y Hegemonía; como “hegemonía acorazada con coacción”.

En este sentido, al conjugar el ejercicio del dominio en la esfera de la sociedad política, como organización de los instrumentos de coacción, con la necesaria construcción hegemónica, en tanto internalización y homogeneización de una cultura en la sociedad civil; el poder se encuentra más arraigado, hecho sentido común, hecho cultura. Es frente a esta complejidad, que el partido, como el nuevo príncipe maquiaveliano y como “intelectual colectivo”, debe forjar las nuevas estrategias, en vistas a librar la lucha hegemónica en la sociedad civil.

En este escenario conceptual, de clara relevancia de los elementos ideológicos en tanto Hegemonía, es donde cobra centralidad la interrogación sobre los Intelectuales. Interpelación que parte de una doble pregunta: por un lado, “¿Los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente, o por el contrario, cada grupo social tiene una categoría propia y especializada de intelectuales?” (Gramsci, 2006, p. 9), frente a la cual alza una aguda crítica a la utopía social que funda la total independencia y autonomía de este grupo social. Y, de forma concomitante, la reflexión sobre ¿Cuáles son los criterios de demarcación que establecen los límites del término intelectual?, a lo cual Gramsci nos indica que: “el error metódico más difundido es el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales y no, en cambio, en el conjunto del sistema de relaciones en que esas actividad se hallan” (Gramsci, 2006, p. 12).

Ahora bien, frente a este entramado primigenio, resulta inteligible la función específica del intelectual como productor y articulador de la hegemonía en la sociedad civil; de aquí el intelectual como “funcionario de dicha hegemonía”, como intelectual orgánico. En este sentido, cada una de las clases surgidas en el campo de la producción crea una diferenciación en su seno –sumado a la atracción que se ejerce sobre otros intelectuales-, encargada de brindar homogeneidad u conciencia a la propia clase, y librar la lucha

hegemónica, como necesario fundamento de la toma o conservación del poder político.

Sin embargo, a pesar de esta particularidad del intelectual como todo aquel que construye y articula prácticas hegemónicas, Gramsci le escapa a una visión restrictiva y elitista de la noción de Intelectual. Muy por el contrario, partiendo de una definición amplia de Cultura como “organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de superior conciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes” (Gramsci, 2004, p. 15). Gramsci construye una definición de cultura plausible para el proletariado, como el logro de la conciencia plena de sí mismo, como autonomía.

Esta ampliación de la noción de cultura sienta las bases para un ejercicio similar de “democratización” y diseminación de la función y categoría de intelectual. Al margen de toda profesión o características particulares, no habría actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, en tanto total separación del homo faber y homo sapiens: “Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales” (Gramsci, 2006, p. 13). Esta máxima ampliación de la categoría de intelectual, que reduce la distancia entre el docto y el lego a meramente un grado de especialización, pone de relevancia una dimensión intelectual que se encuentra contenida en el día a día, en todas las tareas, cual si fuera un núcleo de “buen sentido” al interior de las prácticas cotidianas;

Todos los hombres son filósofos, aunque sea a su manera, inconscientemente, porque ya en la más pequeña manifestación de cualquier actividad intelectual, el lenguaje, está contenida una determinada concepción del mundo (Gramsci, 2004, p. 364).

Como bien lo indica Carlos Altamirano (2006), esta máxima ampliación de la intelectualidad no sólo es funcional a la crítica hacia el aristocratismo y elitismo de la intelligentsia; sino que contiene la explicitación de las condiciones de posibilidad para la clase obrera de la formación de intelectuales de nuevo tipo, vitales en orden a librar la lucha hegemónica, como necesario fundamento para la disputa de la dominación y el asalto al poder: “Toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de permeación de ideas” (Gramsci, 2004, p. 16)<sup>133</sup>

---

<sup>133</sup> Cabe por último, indicar –aunque más no sea precariamente– dos desarrollos

### **3. El fin de la Inocencia**

#### ***El escritor-intelectual comprometido: Jean-Paul Sartre***

En orden a presentar las conceptualizaciones que mayor poder heurístico y simbólico revisten para nuestra indagación de la fracción de izquierda del campo intelectual, resulta vital el arraigo e impronta adquirida por la “teoría” del compromiso sartreano. Si bien podría ponerse en cuestión la calificación de teoría para el conjunto más o menos heterogéneo y desconexo de los escritos sartreanos –poniendo nuestro foco en el vehículo intelectual de *Les Temps Modernes* y ¿Qué es la literatura? –, los mismos constituyen un pensamiento o conceptualización de profunda relevancia y, por ende, de necesaria investigación.

Como trata de ejemplificarlo el título seleccionado para este apartado, la imagen del escritor-intelectual forjado por Jean-Paul Sartre implica una profunda reformulación de los deberes y, por lo tanto, de la responsabilidad de este grupo. Frente a la extendida visión bendamiana del intelectual contemplativo, que debía interrogarse a cada momento cuándo y ante qué causa era plausible su “desencaustro” e intervención en la arena pública como encarnación de la verdad objetiva y universal, Sartre nos indica la inexcusable responsabilidad y compromiso del intelectual en tanto su materia, el lenguaje, implica por sí misma una acción, un sentido y, por ende, una toma de posición. De aquí, que la intervención no sea una elección por parte del intelectual. Todas sus acciones u omisiones lo impelen a fijar posición;

No queremos avergonzarnos de escribir y no tenemos ganas de hablar para no decir nada. Aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo; nadie puede hacerlo. Todo escrito posee un sentido, aunque este sentido diste mucho del que el autor soñó dar a su trabajo. Para nosotros, en efecto, el

---

al interior del macrocosmos marxista de tratamiento de la categoría de Intelectual: los análisis de Régis Debray del intelectual como escriba del poder, en su estudio sobre los intelectuales franceses; N. Poulantzas, entendiendo a los intelectuales como legitimadores del orden existente, en tanto nueva pequeña burguesía; Benjamin, Walter (2008). “Prefacio. Sobre la politización de los intelectuales”. En Kracauer. Los empleados. Barcelona. Gedisa; Chomsky, Noam (1969). La responsabilidad de los intelectuales. Barcelona. Ariel; Ricoeur, Paul (2009). Ideología y Utopía. Barcelona. Gedisa; Simmel, George (2013). Filosofía del dinero. España. Editorial Capitan Swing; y Thompson, Edward P. (1988). Reflexiones inéditas de Thompson sobre política, historia y papel de los intelectuales. S/D.

escritor no es ni un Vestal ni un Ariel; haga lo que haga, está en el asunto, marcado, comprometido, hasta su retiro más recóndito (Jean Paul Sartre, 1950, p. 9).

Ahora bien, es gracias a este encadenamiento conceptual que establece Sartre entre lenguaje-acción-compromiso, que desaparece la ilusión de inocencia de los intelectuales. Dado que hablar y escribir es una forma de acción, y que todo objeto que se nombra ya no es completamente el mismo dado que la mirada del escritor-intelectual lo coagula, destruye y esculpe, toda acción u omisión del intelectual es imposible que pase desapercibida. De esta forma, toda literatura implica un compromiso, y subsidiariamente, una responsabilidad de la cual es imposible sustraerse; responsabilidad tanto de las acciones deliberadas como de los efectos subsidiarios de los silencios u omisiones.

En síntesis, el faro del escritor-intelectual “consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente” (Jean Paul Sartre, 1950, p. 57). Este “concepto-paraguas” del compromiso les posibilita a los intelectuales una participación política sin el abandono del propio campo intelectual, ya que la misma tarea intelectual siempre (e intrínsecamente) es política. Pero ¿Cuáles son los fundamentos de esta función? ¿Se trata de una acción unilateral de parte del escritor-intelectual?

Esta misión del intelectual no se ejerce en el vacío ni constituye una práctica autosuficiente. Se escribe en situación y en vistas a rebasar la lánguida meta de escribir para sí mismo; en una palabra, se escribe con y para otros. Esta dimensión pública del lenguaje se constituye en el núcleo duro del compromiso del escrito-intelectual, y su sentido es fruto de los actos conexos y dialécticos que llevan adelante el autor y el lector<sup>134</sup> de forma conjunta. Así, la construcción del objeto deriva de una construcción binaria por parte de 2 agentes distintos y, por lo tanto, la inexistencia de uno de estos términos implica la incompletud de la obra, y, finalmente, el fracaso de la misión esencialmente social (y política) de la literatura.

Sin embargo, pareciese en el universo del compromiso sartreano que no bastase esta doble agencia para cumplimentar esta normatividad del escritor-intelectual. Consumar esta tarea persigue y requiere un “estado social” y un régimen político, donde dicha dimensión pública del lenguaje se vuelva fructífera en tanto posibilidad de construcción de sentido: la libertad de estas dos agencias y la vigencia de la democracia.

---

<sup>134</sup> Al interior del universo sartreano, el lector no es visto como algo dado, sino que hay que crear, hallar, edificar a un lector, de forma tal de dar eficacia social e ideológica a la práctica literaria.

Así, la función social de la literatura, el faro que debe consumir incesantemente todo escritor-intelectual, establece un doble juego, o mejor dicho, una doble determinación: sólo se escribe para y junto a un “otro”, un otro libre, cuya libertad funda al mismo tiempo la libertad del autor; y, de forma sucedánea, esa obra, esa intervención que sólo se completa con la mirada y el sentido de ese “otro”, es la que posibilita el disfrute de una libertad plena y acabada;

La libertad de escribir supone la libertad del ciudadano. No se escribe para esclavos. El arte de la prosa es solidario con el único régimen donde la prosa tiene un sentido: la democracia. Cuando una de estas cosas está amenazada, también lo está la otra (...) La literatura lanza al escritor a la batalla; escribir es cierto modo de querer la libertad (Jean Paul Sartre, 1950, p. 89).

#### **4. Entre la complicidad y la exclusión**

##### ***La bidimensionalidad del intelectual bourdieuliano*<sup>135</sup>**

Si se quisiera bucear en los análisis contemporáneos sobre el problema de los intelectuales, no cabría duda que, junto con la visión de Zygmunt Bauman (1998), la perspectiva de Pierre Bourdieu revestiría una centralidad mayúscula. En este caso, no sólo porque constituye una reapropiación crítica de la tradición canónica de la Sociología (Emile Durkheim, Max Weber y Karl Marx), sino porque intenta constituirse como una huida, si se quiere, frente a las antinomias objetivismo-subjetivismo y estructura-agencia, a través del concepto central del Habitus y de todo un arsenal de herramientas teóricas y metodológicas provistas en orden a clarificar las relaciones sociales de dominación.

Y justamente en la construcción de una concepción más compleja respecto de la dominación capitalista –al igual que el impulso gramsciano–, radica la relevancia de la figura de los intelectuales. En este sentido, la dominación capitalista no es meramente el monopolio de la coerción, sino que su reverso y fundamentación lo constituyen los

---

<sup>135</sup> Si bien entendemos que la inclusión de Pierre Bourdieu al interior del corpus marxista puede ser objeto de debate y crítica, nos sostenemos en su pertenencia, no sin indicar que la misma no es lineal, sino problemática. Véase para una fundamentación de esta adscripción a Gutiérrez, Alicia (2003). "Con Marx y contra Marx: El materialismo en Pierre Bourdieu". En *Revista Complutense de Educación*, Vol.14, N 2. Universidad Complutense de Madrid.

sistemas y estrategias de legitimación simbólica de dicha dominación, en tanto sedimentación de una “cultura legítima”. De esta forma, la clase dominante es aquella que detenta los instrumentos y medios para la definición de esta cultura legítima, de esta forma de ver el mundo social; que, siendo una visión particular, se instituye como cultura a secas, en un juego de enmascaramiento de dicha imposición simbólica. Pero es aquí justamente, en lo velado de dicha enunciación, en su total desconocimiento y finalmente en su reconocimiento como cultura natural, donde reside el núcleo de esta dominación. Es decir, su fuerza anida en la –falsa- desmonopolización de su enunciación y definición.

Dada la centralidad que reviste esta suerte de violencia simbólica, cobra preeminencia la dotación de lo que Pierre Bourdieu denomina como capital simbólico, que no es más que el poder, crédito o autoridad conferida a un agente por el reconocimiento de la posesión de alguna otra forma de capital, en este caso, el foco de nuestra mirada está puesto en la dotación de capital cultural, en tanto conjunto de clasificaciones intelectuales.

Precisamente, el Intelectual es quién se establece –al interior de este entramado- como el agente capacitado y dotado de este capital, y, por lo tanto, especializado en lo que respecta a la producción simbólica. De aquí que no sería erróneo definir a los intelectuales como aquellos que en las sociedades poseen el monopolio de la producción de los bienes simbólicos pertenecientes al orden de la cultura legítima (Altamirano 2006). De esta forma, los intelectuales se constituyen en uno de los principales sustentos de la violencia simbólica operada en tanto construcción, imposición y legitimación de cierta visión del mundo social. Ahora bien, si el intelectual es aquel que produce estas representaciones del mundo social, dimensión esencial de la lucha política, entonces es ineludible la relación siempre tensionante y frágil entre intelectual (o cultura) y política.

Pero como bien lo advierte Pierre Bourdieu, los intelectuales lejos están de implicar meramente una determinada categoría socio-profesional. Dada su funcionalidad respecto a la dotación de capital cultural, se insertan en las redes de las relaciones sociales de dominación. De allí, la imposibilidad misma de sostener la quimera de una intelligentsia libre de ataduras y raíces. La misma operación del establecimiento de un “arte puro”, resulta del esfuerzo consciente por vaciar al discurso intelectual de su contenido y raigambre social.

Por lo tanto, si los agentes dotados de capital cultural resultan imprescindibles en función de la centralidad para la dominación que reviste la implantación de una cultura legítima, entonces los intelectuales formarían parte de la clase dominante, en tanto empleados de la misma. Estableciendo, de este modo, una relación de

características peculiares, dada su complejidad, ambivalencia y ambigüedad;

Los escritores y los artistas constituyen (...) una fracción dominada de la clase dominante, necesariamente inclinada, en razón de la ambigüedad estructural de su posición en la estructura de la clase dominante, a mantener una relación ambivalente, tanto con las fracciones dominantes de la clase dominante (las burguesas) como con las clases dominadas (el pueblo) (Bourdieu, 2000, p.32)

Esta peculiar inserción estructural los condena a formar imágenes redobladas y contradictorias, fruto de las cuales -quizás paradójicamente- *“pueden simultánea o alternativamente identificarse con el pueblo o con una nueva aristocracia”* (Bourdieu, 2000, p.34). Ahora bien, la reflexión sobre los intelectuales no se constituye al interior de universo analítico bourdieuliano como un análisis en sí mismo, aislado; sino, por el contrario, se haya incorporado al interior de un entramado analítico de profunda relevancia metodológica y heurística: la teoría de los campos.

La misma constituye la columna vertebral de su análisis y la principal herramienta teórica de abordaje de las relaciones sociales de dominación. Quizás su principal fortaleza resida en que permite analizar los diversos espacios sociales, sin desatender la inserción de los mismos en el ámbito más global del poder; o, en otros términos, analizar las diferentes manifestaciones particulares de la dominación social sin perder la referencia de su inserción en un marco social mayúsculo. De esta forma, resulta fructífero para comprender la imbricación problemática y tensionante entre el campo intelectual y el campo político, privilegiando una mirada que no implique la subordinación de uno al otro, sino una lógica interaccional, si se quiere. Y, por otro lado, es redituable en términos de precisión teórica e instrumental analítico, dado que permite superar las formulaciones demasiado vagas.

Para la constitución de un campo, en este caso, del campo intelectual, resulta imprescindible un proceso de autonomización del mismo –en tanto, proceso de diferenciación de los campos-; puntualmente, de las esferas del poder y del saber, fruto inescindible de la modernidad. Los “campos” pueden ser entendidos como “espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en esos espacios y pueden analizarse en forma independiente de sus ocupantes” (Bourdieu, 2000, p. 119-120). Quizás

la mejor forma de comprender la noción de campo sea la metáfora que se refiere al mismo como campo magnético, en tanto sistema de fuerzas objetivas que se impone sobre los objetos y agentes; y que se estructura a la manera de dominantes y dominados.

De esta forma, la noción de campo implica necesariamente pensar a este espacio en términos de lucha, conflicto y competencia por la lograr la preeminencia al interior del mismo, a través del despliegue de estrategias diversas para la acumulación de poder, credenciales y reconocimientos, vitales en orden a lograr la legitimidad de esta jerarquía y distribución desigual de recursos.

*¿Pero, finalmente, de qué forma el intelectual bucea, se posiciona, como agente del campo intelectual, frente al campo del poder, el campo político? ¿Se debe comprender al interior de la antinomia autonomía – compromiso; o, esta diada no implica para el intelectual una exclusión de términos, sino una bidimensionalidad constitutiva de su propia condición?* Respecto a este interrogante, Bourdieu establece que la misma funcionalidad del Intelectual contiene paradójicamente, por un lado, la propia afirmación autónoma, en tanto independencia frente a los poderes políticos, económicos y religiosos; y por otro lado, y a partir de esta misma autonomía, la necesidad de su compromiso con las luchas políticas de su tiempo, tal cual lo expresa acabadamente la experiencia del caso Dreyfus, en el cual un grupo de intelectuales interviene en el espacio público dada una autoridad específica conferida en el propio campo.

El intelectual es un ser paradójico, que no se puede pensar como tal mientras se lo aprehenda a través de la alternativa clásica entre autonomía y el compromiso, de la cultura pura y la política (...) El intelectual es un personaje bidimensional: sólo existe y subsiste un mundo intelectual autónomo (...), cuyas leyes específicas respecta, y si, por otra parte, la autoridad específica que se elabora en este universo a favor de la autonomía está comprometida en las luchas políticas (Bourdieu, 2000, p.187).

## **5. Kikenshiso y el ímpetu antimimético**

### ***Apuntes para circunscribir al Intelectual de Izquierda***

“El intelectual debe perturbar constantemente, debe dar testimonio de las miserias del mundo, debe provocar manteniéndose independiente, debe rebelarse contra las presiones ocultas y abiertas, debe ser el primer escéptico

respecto de los sistemas, del poder y de las seducciones, debe atestiguar sobre todas sus mendacidades (Havel, 1991, p. 167)

*¿A qué me refiero al acotar el objeto del presente estudio a la fracción de intelectuales de izquierda?, ¿Cómo definir y delimitar “una izquierda intelectual”?, ¿Acaso se trata de una ontología o antropología particular?* Estos son sólo algunos de los interrogantes de este pequeño artículo se propuso indagar al menos en términos de “Apuntes”, vale decir, como pistas, bocetos, huellas a través de las cuales hacernos con un mapa conceptual que nos permita problematizar al intelectual de izquierda.

Sin lugar a dudas, podemos advertir rasgos comunes a la generalidad de los enfoques canónicos recorridos, que nos permiten avizorar inicialmente cierto núcleo de características básicas de este concepto, inescindible de la modernidad y de la autonomización del campo del saber respecto al poder. En primer lugar, la materialidad de su labor se juega en torno a las palabras, a los símbolos. Su propia autorreferencialidad no puede desligarse del lenguaje. Pero dicha materialidad no agota en absoluto su labor. El intelectual no es sólo una categoría que implica el “hacer cosas con palabras”, dotándolas de cierto poder y legitimidad (exterior a las mismas palabras, como bien nos lo recuerda Pierre Bourdieu). Sino que lo que lo caracteriza es el espacio donde dichas palabras y discursos se despliegan, un espacio eminentemente público.

Sea en el *ágora* –en la aplicación transhistórica y retrospectiva del término- o desde la ascética torre de marfil, el intelectual proclama su incumbencia respecto de la “cosa pública”. De manera que la palabra no es estrictamente “su materia”, sino la palabra pública, el uso público de dicho lenguaje, su referencia con respecto a una audiencia, a un otro. El accionar del intelectual requiere la publicidad de su discurso, en tanto circulación y referencialidad de la palabras “*a y con otros*”, un otro presente o ausente, pero siempre pensado y anhelado: “El intelectual no es sólo el hombre que piensa el mundo, sino el que transmite a otros hombres lo que piensa del mundo” (Debray, 180, p. 256). Así lo demuestra cabalmente, la génesis histórica de este concepto con el célebre *affaire Dreyfus*, un pensamiento que sin más se ejerció en el espacio público y proclamó su incumbencia respecto de la verdad, frente tanto al poder político, como frente al juicio de la multitud.

El bagaje que conforma esta mirada primigenia nos muestra que el concepto de intelectual excede ampliamente la referencia a una simple categoría socio-profesional o a una determinada posición en la estructura social. Se trata de una figura polisémica que interviene en la

esfera pública, enjuiciando la realidad, ya sea desde la universalidad y objetividad de la verdad bendamiana o desde su organicidad con una clase social, a través de la utilización de palabras y símbolos, cuyo poder y legitimidad proceden de la autoridad conferida mediante las diversas estrategias empleadas para la acumulación de capital simbólico al interior del campo intelectual.

Ahora bien, *¿cómo pensar al intelectual de izquierda?* Interrogación medular y originaria de este somero desarrollo que adicionalmente presenta una honda y significativa carga simbólica para el devenir acerca de las formas de pensar al intelectual en Argentina, en particular con su configuración histórica durante los 60s y 70s, donde estos términos se entendían tautológicamente; “una particularidad conceptual de esos años es que fórmula intelectual progresista entrañaba una redundancia. El sólo contenido de la palabra intelectual arrastraba hacia sí ese adjetivo” (Gilman, 2003, p. 57). De esta forma, el horizonte mismo de significación del concepto intelectual quedaba ceñido, reservado para el diccionario progresista o del “campo de la izquierda”, clausurando toda otra posibilidad. Esta operación tautológica anclaba, como lo desarrolla la obra de Oscar Terán (1991), en el entrecruzamiento de dos imágenes de los intelectuales, que cobraron gran asidero en el campo intelectual argentino: el compromiso intelectual de raigambre sartreana y el organicismo del intelectual gramsciano. Miradas que se superponían, entrelazaban, establecían esferas de confluencia y préstamos, y denotaban ambas una clara pasión por lo concreto.

En virtud de este recogido conceptual y de la hondura histórica de dicha interrogación entendemos que una de las vías para pensarla es establecer ciertos criterios de demarcación que no se afinquen exclusivamente en trayectorias personales o pertenencias partidarias explícitas, sino por intermedio de una determinada direccionalidad y horizonte temático compartido, un mapa u archivo de categorías comunes y ciertas premisas básicas sobre la función del intelectual.

Este espacio de comunión, posee una direccionalidad explícita: el discurso crítico, que tienda a emprender una movilización del pensamiento en pos de cuestionar, poner en suspenso los sentidos comunes. Casi en un sentido arendtiano –como lo expone el epígrafe que da comienzo a este artículo- esta actitud implica el impedir la superficialidad por intermedio de la incesante tarea de la continua interpelación de la propia cotidianeidad; en una palabra, a través del esfuerzo del “des-hacer”, la “des-naturalización” y el “des-congelamiento”. En síntesis –quizás con un dejo demasiado profundo de normativismo, “romanticismo” y quizás autorreferencialidad- es un impulso hacia la reflexividad continua: “una actitud permanente

disgusto e incomodidad con el mundo, de indignación e incluso de fastidio” (Trímboli, 1998, p.140)

De esta forma, frente a los clichés, lugares comunes, frases hechas, códigos estandarizados de conducta y adhesiones a lo convencional, esta direccionalidad se presenta como cierta exhaustividad del pensar; un pensar que trae consigo la reapropiación crítica de los discursos, las palabras y los sentidos; y la capacidad de diseminar este examen de forma pública, con otros. Así, la cuestión del intelectual pensada en términos de fracción de izquierda nos remite no sólo a esta sed inagotable de exploración, de crítica analítica sobre todo lo existente; sino también –y quizás sobre todo- a la imperiosa necesidad de repensar las propias condiciones de producción y de revisión continua de los discursos y acciones del propio campo de la izquierda.

*¿Pero cuál es la razón de ser de este pensar, de este ejercicio de la crítica?*, no parece ser otra que la voluntad de intervenir permanentemente sobre la realidad, de hacer un uso eminentemente público de su razón. Quizás aquí resida, en este ímpetu, en esta pasión por lo concreto, la raíz de la tensión inexpugnable entre la esfera política y la esfera del saber intelectual, de tan dificultosa delimitación para esta fracción intelectual; para la cual la intervención pública es una característica *per se*, inescindible, del vocablo intelectual, y, por ende, la actuación en la política, muchas veces su estrategia rectora. Como bien lo expresa Sarlo:

Sin una relación tensa con la política, en la que el pensamiento crítico resista la expansión colonizante de los intereses inmediatos pero, al mismo tiempo, no considere una virtud sustraerse a los problemas que éstos le plantean, parece difícil pensar la práctica intelectual crítica (Sarlo, 2002, p. 210).

Este anclaje u orientación parecería estructurarse como la característica saliente, distintiva que posibilita delimitar nuestro objeto, más allá de las adscripciones individuales o características personales de cada uno de los intelectuales englobados bajo esta “red” de sentido. Pero quizás esta voluntad común no agote en toda su expresión la caracterización del intelectual de izquierda; subterráneamente, como fundamento muchas veces velado pero estructurante del pensamiento, se presenta una confianza común, una concepción antropológica que resalta la perfectibilidad del hombre, en tanto hombre autónomo, que se basta a sí mismo, y, por lo tanto, sujeto libre de las ataduras impuestas por las condiciones de enajenación imperantes. Acaso la mejor

expresión de esta conceptualización se encuentre en la pluma autorreferencial de Ismael Viñas, integrante del grupo de intelectuales fundadores de la Revista Contorno, punto de partida y acta de nacimiento de la denominada izquierda intelectual argentina entre mediados de la década de los 50 y los albores de los *sixties*;

Los términos izquierda y derecha aplicados a los movimientos políticos y a las fuerzas sociales nunca tuvieron precisión ni rigor científico ni, en verdad, lo pretendieron. Se trata de términos de uso común (...) Pero imprecisos o no, Izquierda y derecha son términos cargados de sentido (...) La izquierda en última instancia, es tal vez nada más que un comportamiento histórico. Pero detrás de eso –como detrás de todo acto humano- hay siempre una filosofía general. Y, muy apresuradamente, esa filosofía puede reducirse a una opinión sobre el hombre. No me parece demasiado aventurado decir que el pensamiento de izquierda es aquel que cree que el hombre –todos los hombres, cada uno de los hombres- tiene posibilidades de perfeccionamiento y desarrollo, que es necesario asegurarles las condiciones para que ese perfeccionamiento no sea limitado o trabado. Esa fe en el hombre implica la creencia en que cada hombre tiene derecho a ser dueño de sí, sujeto no enajenado (Viñas, 1956, p. 16-17).

## 6. Bibliografía

- Altamirano, Carlos; Intelectuales. (2006). *Notas de Investigación*. Colombia. Grupo Editorial Norma.
- Arendt, Hannah. (1995). “El pensar y las reflexiones morales”. En *De la historia a la acción*. Barcelona. Paidós.
- Bauman, Zygmunt. (1998). *Legisladores e intérpretes*. Buenos Aires. Universidad de Quilmes.
- Benjamin, Walter (2008). “Prefacio. Sobre la politización de los intelectuales”. En Kracauer. *Los empleados*. Barcelona. Gedisa.
- Bourdieu, Pierre. (2000). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires. Eudeba.
- Chomsky, Noam (1969). *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona. Ariel.
- Cole, G.D.H. (1959). *Historia del pensamiento socialista III: La Segunda Internacional 1889-1914*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Debray, Régis. (1980). *Le Scribe*, Paris. Grasset.